

8

Conversiones Rápidas

CERCA de Río de Janeiro, Brasil, un hombre recibió su libro un viernes de tarde. Esa misma noche empezó a leerlo, esa misma noche descubrió la verdad, y a la mañana siguiente estaba en la iglesia con su familia.

En el Uruguay, un colportor fue a entregar un libro a un hacendado, dos semanas después de haber tomado el pedido. Cuando el hombre recibió su libro, amablemente reprendió al colportor, diciéndole: “¿Por qué no me dijo a mí también, como se lo dijo a mi vecino, que el sábado es el verdadero día de reposo? Si me lo hubiera dicho entonces, ya haría dos semanas que yo estaría guardando el sábado”.

En la creciente marea actual de corrupción, egolatría y olvido de Dios, se nos dice que “muchas más personas de lo que pensamos están buscando el camino a Cristo”. Secretamente, y a veces sin que la misma persona lo perciba, muchos están buscando la senda de la vida. Y tan pronto como ven sus primeros rayos, la aceptan con prontitud. Ese es el gozoso privilegio del colportor, buscar a esas joyas de Dios y guiarlas a Cristo.

Pronto a responder

La colportora Esperanza de Huérfano, de Venezuela, habló con emoción de la felicidad que sentía al encontrar tantas almas prontas a rendirse al Señor.

Cuando presentaba su libro a un señor, él le dijo: “Si en estos libros está la verdad, la voy a aceptar”. En el acto los encargó y empezó a asistir a nuestros cultos. Pocas semanas después, en un programa dedicado al colportaje, el pastor habló de la necesidad de más colportores y preguntó quiénes deseaban dedicarse a esta obra. Ese hombre —ni bautizado todavía— en el acto se ofreció para ser un colportor.

Esa es la operación del Espíritu Santo. Jesús dijo que él “llama por nombre” a sus ovejas, y éstas “oyen su voz”.

Dios lo envió

¡Cuántos le han dicho al colportor: “Dios lo envió a Ud.”!

El Hno. Rafael Colón, de Puerto Rico, estaba colportando en una zona residencial. Una señora lo recibió mejor que el común de las personas, lo invitó a sentarse, y antes de que él dijera palabra alguna, ella le preguntó: “¿Ud. viene a hablarme del Señor, verdad?”

El le habló del mensaje de Dios para estos días finales, y del gran error que cometen las iglesias al quebrantar el sábado.

Después de ese estudio verbal, Colón quedó admirado y alentado cuando la señora le dijo: “Hace tres horas, me arrodillé y le pedí a Dios que me enviara algún mensajero suyo para que me hable de la verdad. Y ahora llegó Ud. Estoy segura que Dios lo envió”.

Este es otro cumplimiento de aquella familiar declaración de la Hna. White: “En todo el mundo hay hombres y mujeres que miran fijamente al cielo. Oraciones, lágrimas e interrogaciones brotan de las almas anhelosas de luz, en súplica de gracia y de la recepción del Espíritu Santo. Muchos están en el umbral del reino, esperando únicamente ser incorporados a él” (*Servicio cristiano*, pág. 72).

En diez minutos

En cierta ciudad del sur brasileño, un hombre protestante detuvo en la calle a un colportor, y le preguntó:

—¿Es Ud. el que vende libros religiosos?

—Es verdad.

—¿Qué libros vende?

El colportor llevaba consigo un ejemplar del impresionante libro *Vida de Jesús*, que ha ganado a tantas almas, y del cual hasta fin de 1972, se habían vendido 850.000 ejemplares en ese país. El colportor se lo explicó y el hombre lo compró en el acto y se lo llevó consigo.

Ese señor estuvo tan contento con su compra y tan ansioso de leer su libro, que no esperó hasta llegar a su casa. Mientras iba por la calle, abrió su libro y “por casualidad” sus ojos vieron el único capítulo que habla del sábado.

Siguió caminando y leyendo, mientras el Espíritu divino tocaba su corazón. Antes de llegar a su casa, en menos de diez minutos, había terminado de leer ese breve capítulo y había decidido guardar el día del Señor.

Cómo dejó de fumar

He aquí otro admirable milagro del Espíritu Santo. El colportor Pablo Costa contó la asombrosa manera en que el poder del cielo transforma la vida en un instante y da la victoria completa sobre vicios que durante décadas esclavizaron a sus víctimas.

Dijo el Hno. Costa: “Hoy se habla del plan para dejar de fumar en cinco días, pero hay personas que están dejando de fumar en cinco minutos”.

Entonces contó de un hombre que durante 50 años había estado dominado por el tabaco. El colportor le dio un breve estudio de un solo texto acerca de la santidad de nuestro cuerpo, leyéndole 1 Corintios 3:16, 17 que habla del templo del Espíritu del Señor, y oró con él. En el acto el hombre hizo la valiente decisión de no fumar más, y en el acto el poder de Dios le dio la victoria completa. Nunca más volvió a fumar.

El colportor no dejó a ese hombre librado a su suerte. Siguió estudiando el mensaje adventista con él, y algunos meses después, él y tres de sus familiares descendieron al agua bautismal.

¿Qué aprendió de la Biblia?

Cuando el colportor le ofreció un libro, un finquero lo rechazó, “porque ahora estoy estudiando la Biblia”, le dijo. Entonces se entabló este vivo y emotivo diálogo entre los dos. El colportor le preguntó:

—¡Interesante! ¿Y qué aprendió de la Biblia, Sr. Fulano?

—Aprendí que debemos guardar el sábado, y mi hijo y yo lo guardamos.

—¡Maravilloso! ¿Y qué más aprendió?

—Que el bautismo de Cristo es diferente del que se practica hoy día, debe ser por inmersión.

—¡Muy bien! ¿Qué más?

—Que no debemos comer cualquier cosa, sino sólo alimentos limpios. La carne de cerdo es inmunda y no se debe comer.

—¡Qué bien! ¿Qué más dice la Biblia?

—Que debemos pagar el diezmo.

—Entonces, ¿a qué iglesia pertenece Ud.?

—A ninguna —respondió el hombre—. Yo leo la Biblia con mi hijo y guardamos el sábado aquí en casa.

Cuando el colportor le reveló a ese hombre que él también guardaba el sábado y pertenecía al pueblo que guarda ese día, con gran admiración el hombre exclamó: “¡Así que existen otros que guardan el sábado! Déme la dirección de ellos”.

Un tiempo después, los dos, el padre y el hijo, fueron bautizados.

Estaba orando

Algunas de esas conversiones rápidas son casi dramáticas, como el siguiente caso:

José Luis Saavedra visitó en el Uruguay la finca de una viuda. Cuando llegó a la casa, una señorita lo atendió y le dijo que esperase un momento.

Saavedra quedó esperando junto a su vehículo. Al ver que la señora demoraba, sacó su Biblia y se puso a leer. Cuando la señorita regresó y lo vio leyendo la Biblia, le preguntó con alegría:

—¿Es Ud. evangélico?

—Es verdad —respondió él.

—Entonces pase a la sala. Voy a avisar a mi mamá.

Cuando vino la señora, se veía en su rostro una viva impresión. En el acto indagó:

—¿Es Ud. creyente?

—Así es. Soy adventista del séptimo día.

—¡Qué maravilla! —comentó la señora, y le hizo esta sorprendente revelación—: Nosotros también somos evangélicos. En este mismo momento yo estaba orando a Dios, pidiéndole que nos enviara a alguien a enseñarnos su Palabra, y Ud. llegó antes de que yo terminara de orar. Así que le escuchamos. ¿Qué mensaje nos trae?

Viendo esas circunstancias, el colporteur fue directo y estudió con ellas la ley de Dios. La señora no vaciló; esa misma semana empezó a santificar el día del Señor, y poco después se mudó a la capital y se unió al pueblo remanente.

Tres conversos, tres colportores

Nunca sabe el colporteur cuán rápido y cuán grande puede ser el resultado de una venta, de un estudio bíblico, o de una inscripción al curso bíblico.

Miguel A. Rodríguez vendió en Aguadilla, Puerto Rico, el libro *Libertad del temor* a un joven llamado Salvio Ramos, quien empezó a leerlo en seguida. El colporteur fue llevándole personalmente las lecciones del curso bíblico, y cultivando su amistad.

En el momento oportuno, el colporteur invitó a Ramos a nuestra iglesia, quien empezó a asistir, llevando consigo a dos amigos suyos.

A los tres meses de haber comprado el libro, los tres fueron bautizados y dos meses después los tres ingresaron en el colportaje.

¡Cuántas maravillas como éstas realiza Dios mediante los que colportan en forma misionera!

“Los que salen en nombre del Señor son sus mensajeros para dar a las multitudes. . . las gratas nuevas de la salvación” (*Joyas de los testimonios*, tomo 3, pág. 534).

“Voy a cerrar mi comercio”

Un comerciante joven de Río Grande del Sur compró una Biblia a un colportor y lo invitó a volver a visitarlo. El colportor volvió con un compañero el siguiente sábado de tarde, y le dieron un estudio bíblico general. Pero el comerciante conocía algo de la fe adventista y les preguntó:

—¿Por qué guardan Uds. el sábado?

En respuesta, le leyeron el cuarto mandamiento. El joven quedó pensativo y añadió:

—Entonces el sábado debe haber sido abolido en el Nuevo Testamento.

—Todo lo contrario —respondieron los colportores, y le mostraron lo que el Nuevo Testamento dice acerca del sábado. En ese mismo instante, el joven hizo su decisión diciendo:

—Entonces, desde la semana que viene voy a cerrar mi negocio los sábados.

Cómo las encuentra

En todas partes hay almas sinceras que ansían la paz de Dios, y el colportor tiene el privilegio de encontrarlas y guiarlas a la fuente de la verdad. Veamos cómo las encuentra Benjamín Ramos, de El Salvador. Cuando contó su experiencia había ganado a nueve almas en ese año.

Un día, cuando Ramos estaba presentando sus libros a un relojero, el hombre lo interrumpió para decirle: “Yo leo con frecuencia la Biblia, pero tengo una duda, quisiera saber cuál es el verdadero día de reposo”.

Ramos le pidió su Biblia, le leyó varios textos acerca del sábado, y le dejó un folleto sobre ese tema.

Cuando el colportor volvió a entregar los libros, le dio otro estudio y lo invitó a nuestra iglesia. El sábado siguiente, ese hombre y su familia asistieron al culto; y un tiempo después, él, su esposa y su hija se unieron a la iglesia.

¿Cuál es el secreto de Ramos para encontrar a las almas prontas a recibir la luz? Cuando contó ese caso, él reveló ese sencillo secreto al decir: “Cuando ofrezco los libros, a mí me gusta destacar la parte profética y religiosa”.

No nos hable del sábado

Llegó la tarde de cierto viernes, y el pequeño y valiente José Sena aún no sabía dónde pasaría ese sábado. En esos días estaba trabajando en los sitios de Yataí, Goias, Brasil. Cuando terminó de colportar a un vecino, le preguntó por alguna casa donde pasar la noche. El hombre le respondió: "Allá vive un presbiteriano con ocho hijos, que tiene lugar para hospedarlo".

Al aproximarse a esa hacienda encontró al dueño en camino a su casa. Siguiéron juntos y al llegar, todos los hijos salieron a saludar al visitante. Sena les dijo que él era un misionero adventista y el hombre encargó siete libros.

Después Sena le explicó que él guardaba el sábado y necesitaba un lugar donde pasar esas dos noches. El hombre le respondió bondadosamente: "Si Ud. quiere, puede quedarse en casa, con una condición: que no nos hable del sábado".

Sena aceptó, pero tan pronto como el dueño salió a su trabajo, sus hijos le hicieron a Sena un pedido comprometedo. Le preguntaron: "¿Por qué guarda Ud. el sábado?" e insistieron en que les contestara. Cuando el padre volvió a la casa vio a Sena con la Biblia en la mano, dándoles a los hijos un estudio acerca de lo que él expresamente había prohibido.

El hombre se enojó mucho. Pero los hijos le explicaron: "Papá, él no quería hablarnos del sábado. Nosotros insistimos en que nos dijera por qué guarda el sábado".

A la mañana siguiente, Sena les ofreció dirigir un culto. Ellos apreciaron la oferta, invitaron a los vecinos y asistieron 40 personas.

Cuando Sena regresó a entregar los libros, antes de llegar a casa del presbiteriano, oyó la gran noticia de que ese hacendado había decidido observar el sábado. Al llegar, todos lo recibieron con alegría, y le dijeron: "Desde que Ud. nos visitó, estamos guardando el sábado".

Recibieron los libros y encargaron seis más. Unos meses más tarde, se bautizaron cinco hijos de esa familia.

En esos días, un vecino le preguntó a Sena: “¿Cuánto cobra Ud. por dirigir un culto en mi casa como el que hizo en casa del presbiteriano?” En esa casa se reunieron 120 vecinos para ese culto. Cuando Sena contó esta animadora experiencia, agregó: “Ahora quedan en ese vecindario, en manos del pastor, 26 personas guardando el día del Señor”.

“¿No vas a trabajar?”

Cuando Campolino Silva colportaba en el campo, solía pasar los sábados solo, a veces en algún bosque. Pero un día descubrió un método mejor, que le permitió una inesperada victoria para Cristo.

Pasó cierto viernes de noche en casa de un agricultor. A la mañana, después del desayuno, le explicó al dueño que él no trabajaba los sábados y le preguntó si le permitía pasar el día en su casa. El hombre pensó por un momento, y luego le preguntó:

—¿Por qué no trabaja Ud. los sábados?

Silva le leyó el cuarto mandamiento y otros pasajes bíblicos. Después de oír ese estudio, el campesino le dijo:

—Siendo así, puede quedarse y sentirse como en su casa.

Conversaron un poco, el dueño le mostró su huerta y su corral de aves. Viendo eso, la señora le preguntó a su esposo:

—¿No vas a trabajar?

Por su parte, el colportor agregó:

—Sr. Fulano, siéntase libre para atender su trabajo.

Pero él respondió:

—No. Quedé impresionado por lo que Ud. me leyó. Voy a guardar el sábado yo también.

Otra alma pronta que respondió a la voz del Pastor. Ese fue uno de los días más felices para Silva y para ese hombre.

Grandes oportunidades

Cerca de Porto Alegre, Mario García entregó el libro *Nutrición y vigor* a una señora. Unos días más tarde el esposo salió al encuentro del colportor y le preguntó:

—¿No podría cambiarnos ese libro por una Biblia?

García vio la oportunidad. Cuando recibió la Biblia, el hombre le manifestó a García:

—Hemos visto que la Historia Sagrada dice que el sábado es el día de reposo. Queremos saber ahora qué dice la Biblia. Si dice que es el sábado, lo vamos a guardar.

Exactamente. Eso mismo dice la Biblia, respondió García, y le dio un estudio acerca del tema. Más tarde los dos esposos se bautizaron.

En esa misma zona, García encontró a otra persona esperando la luz del cielo. Ofreció el libro *Vida de Jesús* a una señora, y ella le explicó que era evangélica. Entonces García le pidió a la hija que trajera su Biblia y leyera los Diez Mandamientos. Y sin que el colportor explicara nada, cuando la hija leyó el cuarto mandamiento, la señora preguntó:

—Entonces la Biblia dice que el sábado es el día de reposo. ¿Es así?

—Así es —respondió García—. Ud. puede leer la Biblia de tapa a tapa y no hallará otro día de reposo fuera del sábado.

Entonces la señora agregó con determinación:

—Si es así, voy a guardar el sábado.

Poco después ella también se unió a la Iglesia Adventista.

Accidente bien aprovechado

En menos de un año desde que empezó a colportar, Aníbal Lucero había ganado a doce personas para Cristo, en Mendoza, Argentina. ¿Cómo hace para encontrar a las almas en un lugar aparentemente árido?

Un sábado de tarde, cuando él y su esposa volvían de la iglesia, se les pinchó el neumático de una de las bicicletas en que iban. Como no habían llevado inflador, se acercaron a una casa para pedir ayuda.

Una joven les prestó un inflador, y mientras acondicionaban la bicicleta, conversaron y le contaron que volvían de la iglesia adventista. Ante la curiosidad de la joven por

saber qué era eso, le ofrecieron visitarla al día siguiente, cuando estuviera su padre.

Ese domingo de tarde estaba toda la familia: aquella señorita, sus padres y su hermano, esperando la novedad. Lucero les leyó los Diez Mandamientos, les explicó el segundo y el cuarto, y los invitó a la iglesia. ¿Irían?

Aunque ese señor era constructor, el sábado siguiente dejó su trabajo y con toda su familia, apareció en nuestro culto. Unos meses más tarde, los cuatro fueron bautizados, y al poco tiempo la hija del constructor entró en el colportaje a sembrar la semilla y a buscar almas ella también.

Poco después Lucero tuvo otro hermoso triunfo. Se encontró en la calle con un antiguo amigo a quien hacía tiempo que no veía. Después de la alegría del encuentro, el amigo le contó que ahora él era protestante e invitó al colportor a seguir sus doctrinas.

Lucero le contestó con acierto: “Vamos a ir despacio. Si estás conforme, vamos a estudiar esas doctrinas con la Biblia, y aceptar sólo lo que la Biblia dice”.

Su amigo aceptó la razonable propuesta, y después de varios estudios, el amigo vio la verdad de la fe adventista y se convirtió a ella. Además, aceptó también el llamado a colportar.

¿Cómo hace Lucero para ganar almas dondequiera que va? El que tiene en su corazón el amor misionero de Cristo, está siempre alerta, buscando a los sinceros. Y no tiene que buscar mucho, porque Dios mismo pone en su camino a las almas que están esperando la verdad.

Para nuestro aliento, se nos dice que “en toda ciudad, pueblo y aldea, hay almas que abrazarían la verdad si se la presentáramos con inteligencia” (*Testimonies*, tomo 2, pág. 113).